

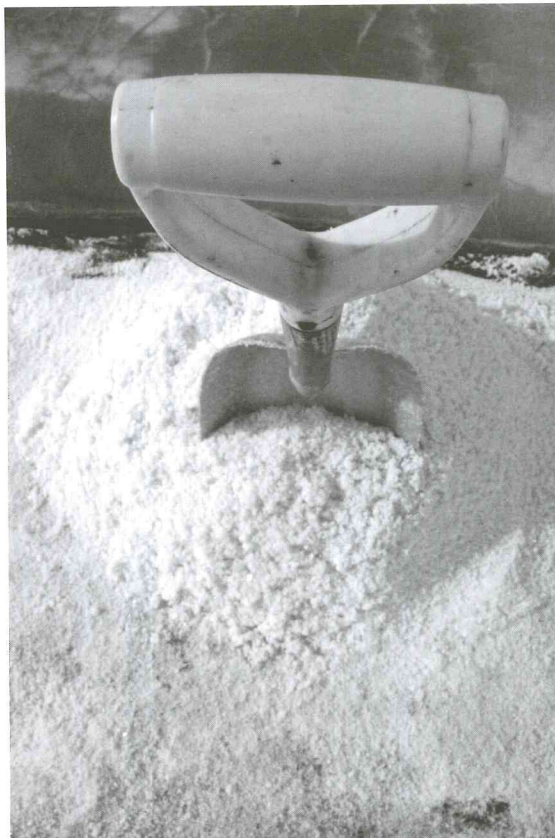
Afectados por la satanización de sus divinidades, los pueblos mesoamericanos desarrollaron diversas estrategias simbólicas orientadas a protegerse de la persecución religiosa. Instrumentaron la inserción de sus deidades en los complejos numinosos propios de la religiosidad popular, como fue el caso del sincretismo operado entre Tlaloc y San Miguel Arcángel. En la cima de la nueva jerarquía sagrada ubicaron a los santos y a las imágenes marianas: en la posición más baja situaron a las entidades malignas, disfrazadas también con los ropajes del sincretismo.

El libro de Sierra Carrillo (en el que está presente la orientación magistral de Alfredo López Austin) es una valiosa contribución al estudio de las cosmovisiones contemporáneas de los pueblos indígenas y al análisis de las múltiples variables que configuran las expresiones de su religión popular. Desde esta óptica, el análisis detallado de las actitudes y concepciones de la clerecía ante la “triada sagrada” (el demonio, San Miguel Arcángel y la Cruz de Pericón) es una tarea que debe abordarse para ampliar la pesquisa. Religión popular y religión oficial, no debe olvidarse, son parte de un tándem en el que se advierten conflictos y articulaciones de diverso signo, entre los actores del campo religioso. La religión canónica y las devociones populares interactúan de manera asistemática y discontinua. Sus mutuas influencias asumen diferentes manifestaciones en las dimensiones del imaginario, la organización social y las expresiones rituales, marcadas siempre por los procesos de reelaboración simbólica y las confrontaciones que resultan del ejercicio hegemónico de la iglesia católica que, en este caso, deben leerse como parte de la lógica del poder.

La pesquisa de Sierra Carrillo cala profundo en los complejos planos del imaginario colectivo de los campesinos morelenses. Evidencia un acucioso trabajo de análisis interdisciplinario; el resultado es un estudio revelador de procesos identitarios y reelaboraciones simbólicas. Es, en suma, un aporte sustantivo a la comprensión de lo que López Austin llama una razón, la tradición religiosa mesoamericana.

Bibliografía

- BAEZ-JORGE, F., *Los disfraces del Diablo*, Universidad Veracruzana, Xalapa, México, 2003.
- BRAIDING, D. A., *La virgen de Guadalupe. Imagen y tradición*, Taurus, México, 2002.
- GEERTZ, C., *La interpretación de las culturas*, Gedisa, México, 1987.
- GRUZINSKI, S. *La colonización de lo imaginario. Sociedades indígenas y occidentalización en el México español. Siglos XVI-XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.
- LAWRENCE, D.H., *Apocalipsis*, prólogo de R. Bartra, CONACULTA, México, 1994.
- MAUSS, M., “Relaciones reales y prácticas entre la Sociología y la Psicología”, en *Sociología y Antropología*, Madrid, Tecnos, 1971.



Evelyn Flores. *Salineros de la laguna de Cuyutlán, Costa de Colima*, s/f.

Imaginario real. Mitos, leyendas y creencias en los pueblos de la Bahía de Banderas

Eduardo Gómez Encarnación

Puerto Vallarta, CECAN/VI Ayuntamiento de Bahía de Banderas, Nayarit/CONACULTA, 2008, 176 pp.

Hilario Topete Lara

Para los lectores ávidos de la tradición oral parroquial, local, para los buscadores y gustadores de la paremiología, para los nostálgicos del Folklore, esa indagación que se desarrolló en el siglo XIX como respuesta al interés por las tradiciones vernáculas que aderezó el nacionalismo regional y el romanticismo, para quienes disfrutaban del vértigo que produce la sensación de ser atrapado en un mar de letras sabrosamente dispuestas, para quienes gustan de los relatos veloces, relampagueantes, pletóricos de sabiduría popular, e incluso para etnólogos y antropólogos, seguramente resultará muy agradable colocar esta, la más reciente obra de E. Gómez frente a sus ojos y su pensamiento.

La obra, cuyo título *Imaginario Real*, que aparentemente constituye un oxímoron, expone en subtítulo, *Mitos, leyendas y creencias en los pueblos de Bahía de Banderas*, su aparente oposición para asaltarnos relampagueantemente -si se me permite el término-, minuto tras minuto, con un relato tras otro, cuyo colorido termina por integrar un mosaico policromático de agradable composición. Esta virtud, que no es poca, se ve potenciada por el artís-

tico trabajo de ilustración realizado por Karina L. González O'Brien quien, sin opacar ni reñir con el trabajo del autor, propone un diálogo entre texto e imagen que deviene en un efecto estético de buena calidad. El resultado es que entre ambos incrementan el goce que mana de la lectura del libro-Benjamín de Gómez Encarnación.

Los casi un centenar de relatos, pródigos de regionalismos, no ofrecen dificultad alguna para los lectores allende la región costera que rodea Bahía de Banderas porque el autor decidió la inclusión de un glosario de términos al final de casi todos los relatos; por ello, sólo esporádicamente ocurrirá que resulte incomprensible alguno de los términos utilizados. Pero el subtítulo puede ser engañoso si el lector de portadas -o solapas- se deja llevar por la regionalidad anunciada. Es engañoso el calificativo "Regional" porque buena parte de los relatos son referidos, al menos parcialmente, a latitudes aledañas de la costa y algunas de la serranía nayarita. Y no podía ser de otra manera puesto que lo regional no se circunscribe a cierta delimitación geopolítica municipal o estatal, de allí que Valle de Banderas, a través de los relatos, nos desvele a parte de Nayarit y Jalisco como una y la misma región. Esto posee una lógica contundente: La cultura se mueve, se crea y se reproduce en una geografía distinta y con ritmos temporales diferentes a los deseados por los políticos y por los científicos. La memoria y la identidad también tienen sus claves, sus códigos para conservar, para ser, para expresarse. El autor lo intuye y su sagacidad le pre-

viene del canto de las sirenas de un falso territorio que sólo es representado mediante la imposición académica y deja de existir en la representación a cuya conformación coadyuvan parcialmente los relatos seleccionados.

Es difícil saber lo que pasa por la mente de un autor cuando surge en su pensamiento el nombre de su obra y, aunque la conseja autoral dice que el título debe condensar los núcleos de la obra, no siempre se sigue esa ruta, tal vez por descuido y quizá intencionalmente para atrapar al posible lector, aunque deba tenderle una trampa, una red de palabras, una atarraya de significaciones o un reto. En este caso, me parece, se trata de una trampa. En efecto, E. Gómez, de profesión docente de primaria, con estudios de licenciatura en historia por la Escuela Normal Superior de México, escasamente puede ser considerado como un investigador novel porque cuenta en su haber con al menos tres obras publicadas, una de ellas, quizá un prenuncio de la aquí reseñada porque recupera el habla cotidiana de la región del Valle de Banderas. Quizá no lo sabe, o su modestia le impide hacerlo, pero sin haber transitado por estudios etnológicos, es un etnólogo que usa displicentemente dos herramientas y dos oficios de orden metodológico con solvencia: de un lado, usa la historia; de otro, la comparación. Más su oficio literario le impide analizar y concluir... eso rompería con el encanto de la frescura de los relatos ofrecidos sin ambages, sin pretensiones científicas pero, como buen historiador, con el firme propósito de dar la voz a los que han sido arrebatada



Evelyn Flores. *Salineros de la laguna de Cuyutlán, Costa de Colima, s/f.*



Antonio Malpica Cuello. *Trabajo de la sal, Un alto en la faena, s/f.*

de ella para decir a los cuatro vientos sus formas de ver el pasado, la vida, el mundo, la vida en el mundo, el sentido del hombre y el origen de las cosas, por citar algunos temas.

El autor no puede evitar la reunión de tres pasiones en esta obra: de un lado, la tradición oral que nos hace llegar voces del pasado, voces de los sin voz en la historia, voces envueltas en leyendas, dichos, endechas, refranes, mitos degustablemente relatados; de otro, su pasión por Plinio a quien remite de manera constante, como si quisiera permanentemente hacer puentes entre una realidad grecolatina clásica y el presente difuminado e intemporal en muchos de los relatos ofrecidos, esto, so riesgo de que la extrapolación pudiera serle reconvenida como un exceso metodológico; de uno más, y corriendo el mismo riesgo señalado, está su intención por reconocer en la presentidad del relato raíces de un México profundo, que se nutre del proteico sedimento prehispánico cuyo legado nos vierte a través de frecuentes referencias a Fray Bernardino de Sahagún. Es, además, como si el autor se hubiera propuesto entrecruzar diversos imaginarios entre los cuales el propio no es el menos relevante, y así lo confiesa en la presentación; quizá, es de estos de los que es menos consciente, y de allí proviene cierta dosis de subjetividad que caracteriza la literaturización de los relatos ofrecidos.

Producto del entrecruzamiento, la tradición oral, que encapsula los relatos de origen de pueblos, de animales fantásticos que perviven en ese imaginario del que nos habló eruditamente Cornelius Castoriadis como representaciones, como procesos inacabados pero que dan sentido a la vida, se toma de la mano con las fuentes primarias y secundarias

a que necesariamente debe recurrir el historiador. Es aquí donde se encuentran el etnólogo y el historiador, es decir el que ha realizado trabajo de campo, escuchando a su propia memoria y a la de los otros y pasa de sus notas de campo a la etnografía, y el que, para darle soporte a su dicho, remite ética y disciplinadamente sus fuentes documentales o aquellas que contienen la historia oral. Sólo quien no entienda en toda su extensión y comprensión el término "imaginario" podría reclamarle al autor que lo ofrecido no es lo que el título promete (*Imaginario regional*); empero, la obra quedará por siempre indefensa ante la crítica por sus extrapolaciones y el ejercicio de literaturización de la tradición oral que lo aleja de un producto histórico pero, en cambio, lo aproxima a los ejercicios emprendidos por B. Traven y, sobre todo, a Francisco Rojas González.

A quienes gusten de la escritura desenfadada, fresca, espontánea, que no se detienen a observar si existe un buen manejo de la larga y de la corta duración braudeliana, o si los nexos de los relatos con ideas de Plinio o de Sahagún están debidamente justificados; que no se asustan por las extrapolaciones arriesgadas, casi suicidas; que no se preocupen por las distancias entre lo esencial y lo fenoménico, entre lo objetivo y lo subjetivo, seguramente les resultará reconfortante aproximarse al texto. Efectivamente, el lector, se verá amplia y gratamente recompensado en su empresa de lectura con esta obra y, atrapado en ese banquete de breves relatos sólo lamentará que, al encontrarse con la palabra "nalga", el encanto, como el espejo de la bruja en el cuento de Blanca Nieves, saltará hecho añicos porque, en esa página 173, sin aviso previo, como debe ser, termina el banquete y empieza el menú.